

CARTA PASTORAL

Laudate Dominum

¡Alabado sea Jesucristo!

Saludos muy cordiales a todas las familias cristianas de esta nuestra Iglesia particular de Magangué, a los sacerdotes de nuestro presbiterio, a las religiosas que nos colaboran en la tarea misionera, y a todos los laicos, especialmente a los niños, adolescentes y a los jóvenes que son el ahora de la Misión (Cfr. Mensaje del Papa Francisco, en Panamá). Somos una Iglesia particular que forma una gran familia, que vive en el centro y sur de Bolívar, y a pesar de las dificultades e incertidumbres que nos ha creado la pandemia del Covid 19, y otros problemas como la desigualdad social, la violencia, nada nos detiene para seguir con el camino misionero, anunciando a Cristo Muerto y Resucitado, y trabajando por la construcción del Reino de Dios en estas tierras.

Como siempre les he dicho, esta tierra del sur de Bolívar es privilegiada por sus riquezas acuífera, agrícola y minera, por sus ríos y ciénagas, la calidad de sus tierras que produce muchos frutos, y tantos minerales reservados en los subsuelos de esta región. Toda esta riqueza es una bendición de Dios, y hay que cuidarla, conservarla y aprovecharla de la mejor manera posible, pensando en el bien común.

En este mensaje, quiero recordarles que todos somos llamados y convocados a vivir la vida cristiana como Discípulos Misioneros, en el encuentro con Jesucristo Vivo, a estar vigilantes y ser testigos del Evangelio en el mundo. Así nos lo recordó el papa Francisco en la homilía del primer domingo de adviento de este año, quien celebró con los nuevos cardenales en la Basílica de San Pedro: Estar vigilantes.

Mi mensaje va dirigido a todos, con tres palabras: Discípulos, vigilantes y testigos.

1. Discípulos

Todos los habitantes del planeta, hemos vivido la experiencia de las cuarentenas, del estar prevenidos y cuidándonos por causa de la pandemia, además de vivir en estos tiempos difíciles, de angustia, incertidumbres y desesperanzas, muchas veces por no saber que podrá venir o que sucederá, y cómo será la vida en la pospandemia. Lo que si estamos seguros, lo ha repetido varias veces, en sus escritos y homilías, el Papa Francisco, es que será diferente. Por eso, se nos pide estar en comunión, no podemos estar divididos. No podemos seguir creyéndonos mejores que otros, o de creer que por estar en un grupo o movimiento “tal”, soy mejor o más perfecto. Eso no es cristianismo, y mucho menos de un cristiano.

Ante esta realidad del mundo de hoy, tan egoísta y superflua, debemos dar testimonio de nuestra fe en la vida de comunión, y tratar de congregarnos como comunidad de discípulos de Cristo. Al respecto nos dice San Pablo: “Me refiero a que unos dicen: «Yo sigo a Pablo»; otros afirman: «Yo, a Apolos»; otros: «Yo, a Cefas»; y otros: «Yo, a Cristo» (1 Corintios 1, 12). Todos somos Discípulos de Cristo, anqué estemos matriculados en un Movimiento Eclesial, o que sigamos, porque nos gusta, el carisma de un sacerdote o religiosa. Les exhorto

entonces a tener mucho cuidado. A tener muy claro que no hay diferencia de cristianos, o de “cristianismos”, y de doctrina. Todo lo que divide, y confunde crea un caos, y eso no es del Espíritu de Dios. En Dios todo es comunión, todo lleva a la unidad, y a la conformación de comunidades que viven en un mismo amor y mismo sentir (Cfr. Hechos 2, 44-47).

Hay que cuidarnos de los individualismos pastorales, generados por una falta de conocimiento de la doctrina magisterial que nos enseña la verdad. A veces creemos que por leer un libro del tal personaje, o de escuchar una meditación extraña que me dice algo novedoso, ya estoy en lo correcto. No, no podemos dejarnos envolver en doctrinas vagas, sin solides y fundamentos (de esto hay mucho en las redes. Ojo!). Ya sabemos muy bien que nuestra Iglesia Católica está fundada en tres grandes cimientos; en la Palabra de Dios, en la Tradición de la Iglesia, y en el Magisterio. Cualquier libro o documento que sea contrario a estas tres, podrían, no tener la razón, o no estar en la verdad. A no ser que se quiera desvirtuar o alejar del depósito de la fe, como ha sucedido con muchos grupos, que hoy se denominan cristianos, o movimientos extremistas y fanáticos.

Todos hemos sido llamados a conformar la comunidad de los Discípulos, esa es nuestra identidad; **Discípulos Misioneros**. No nos confundamos, todos somos hijos de Dios, y todos bebemos de una misma verdad revelada, que proviene del Credo de los Apóstoles. Una sola fe, un sólo bautismo, un solo Dios y Padre de todos.

- Al encuentro de Jesucristo

Es importante que, en nuestra labor evangelizadora, llevemos a nuestros hermanos a un encuentro con Jesucristo Vivo. Que se enamoren de Jesús. Cuando el Discípulo vive enamorado de Jesús, su compromiso se hace cada vez más fuerte. Por eso, todos nuestros planes de evangelización en las parroquias, debe tener, dentro de los procesos formativos, en la catequesis presacramental, en los encuentros espirituales, o retiros; momentos de encuentro fuerte con Jesucristo, que evangelicen, y que motiven a un seguimiento total y permanente a él, en la Iglesia comunión, sin crear divisiones y favoritismos, tratando siempre de unir fuerzas para dar testimonio.

Por eso, en nuestra diócesis, debemos fortalecer el Instituto San Juan, como institución diocesana para la formación de los laicos, que nos ayude a concretar este camino, y que asuma los fundamentos de la formación de los discípulos, como nos lo han enseñado los obispos en Aparecida, para que en los procesos catequéticos y formativos se hagan caminos de iniciación cristiana desde la predicación del Kerigma, que convenza y ayude a la conversión de los fieles; que los haga discípulos, los lleve a la comunión y los impulse a la misión permanente (Cfr. DA 278).

- Dando esperanza

En las últimas cartas que les he enviado, durante estos años, les he animado a ser misioneros de la esperanza. Son muchas las familias, entre ellas, niños y jóvenes con sueños y metas que se han visto frustradas por la pandemia del Covid 19, como también por la realidad social y económica, que va de mal en peor, en todo el mundo.

También un sin número de personas han quedado sin empleo, y muchos de los familiares y amigos cercanos han fallecido por el virus. Hay familias enteras que han desaparecido, y para empeorar la situación, el cambio climático nos amenaza, dejando a su paso poblaciones desbastadas. Por otro lado, aparecen ideologías milenaristas que confunden, y los estados viven un sin sabor en la división política, creando divisiones entre las regiones y los países. Entre los estados, y sus propias dependencias jurídicas y administrativas.

Estamos comenzando un nuevo milenio, que va lento, con muchos interrogantes y enigmas sin saber ¿qué pasará más adelante? Con tantos problemas sociales, políticos y económicos que afecta a todos, y van creando una crisis mundial a todo nivel, crisis en las instituciones, que generan desconfianza en los líderes, y a veces producen desazón ante cualquier propuesta o proyectos que no tienen en cuenta el bien común. A propósito de esto, el primer capítulo de *Fratelli Tutti*, las sombras de un mundo cerrado, del Papa Francisco, nos ofrece una visión completa de esta realidad mundial.

Además, refiriéndonos propiamente a la realidad de nuestra Iglesia particular, que también se ve afectada por esta crisis mundial, y que geográficamente está ubicada en el sur de Bolívar, también encontramos una variedad de problemas sociales y de diversas índoles, que perturban la evangelización. Por eso, la hemos dividido en tres zonas pastorales con sus siete (7) vicarias foráneas. Pues cada una de las zonas se caracteriza por tener algo especial en la diversidad cultural, de las tradiciones, y hasta modos distintos de vida.

Ante la realidad que nos aqueja, hemos querido hacer un estudio de la realidad social y eclesial, para conocer y detallar los problemas que surgen de cada una de las vicarias. Este estudio nos ha abierto un abanico de desafíos que nos apremian a todos, y a buscarles respuestas concretas y correctas, pues no podemos realizar un trabajo social y evangelizador en las tierras de la Serranía de San Lucas, al igual que a los habitantes de Palomino o del Achí, porque todo es distinto, hasta en su calidad alimenticia.

- Formadores de discípulos

Al final como cristianos, discípulos misioneros, nos corresponde seguir dando esperanza a todo el que esté a nuestro alrededor, y que puede estar sufriendo los sinsabores de la vida. Son tantos que nos toca estar dispuestos al servicio del más próximo.

La propuesta de Jesús es hacer discípulos, es formar comunidades de discípulos como las primeras comunidades eclesiales (cfr. Hechos 2, 42-47). Es la tarea que nos encomendó, y que sabemos nos corresponde hacer todos los días con su pueblo. El método que nos enseñó es el mismo que el utilizó; llamar, formar y enviar. Los evangelios nos lo dan a conocer, y ya tenemos escuelas de discipulados que utilizan este método de Jesús Maestro. Nos toca continuar realizando esta tarea que es ardua, y requiere tiempo y disposición.

En nuestra Iglesia diocesana es urgente abrir espacios para organizar estas Escuelas de Discipulado Misionero. Ya lo hemos hecho, en algunas ocasiones, y este año se realizó con un grupo que se graduó como Misioneros Diocesanos, y todo lo pudimos hacer a nivel virtual. “Sí se puede” y ésta es la oportunidad de decirles a todos que hagamos el proceso en nuestras

parroquias. Lo más importante es tener las ganas de servir a Cristo y cumplir la tarea misionera que nos ha encomendado hace más de 2000 años: formar discípulos para él.

Muchos están esperando que seamos instrumentos para el llamado, como Andrés el primer discípulo de Jesús, a quien Juan Bautista le indicó al Maestro, y lo llevó a Jesús, y luego el llevó a su hermano Pedro (Cfr. Juan 1, 35-42). Ese es el camino, el que seamos instrumentos en la Escuela del Discipulado Misionero. Te invito a que, desde ya, en el hoy de nuestra Iglesia en salida, en las comunidades parroquiales, comencemos a idear, proyectar y realizar este trabajo evangelizador para darle esperanza a nuestra gente. Es decir convertir las **parroquias**, como hemos hecho con el instituto San Juan, en **Escuelas de Discipulado Misionero**, para formar comunidad de comunidades vivas y dinámicas, teniendo como centro; la palabra, la celebración y el servicio.

2. Vigilantes

Estar vigilantes significa estar alerta, preparados. La liturgia durante el año, nos ofrece dos tiempos de preparación: el adviento, antes de la navidad, y la cuaresma, antes de la Pascua. Indicándonos que el Dios que nace en Belén es el mismo que Muere y Resucita en Jerusalén. Es el Dios con nosotros, al Dios que esperamos con ansia en su Segunda Venida (Parusía). El papa francisco nos decía en homilía del primero domingo de adviento:

“Estemos vigilantes para no dejarnos llevar de la mediocridad... y de la indiferencia... estemos vigilantes en la oración, y en la caridad... que es el corazón palpitante del cristiano”.

En nuestra diócesis estamos en los tiempos de preparación de un nuevo Plan Diocesano de Pastoral, que responda a los desafíos que han aparecido en el estudio de la realidad, y los problemas en la evangelización. Por eso, necesitamos estar vigilantes, para no desanimarnos. Debemos entrar en la dinámica de la pastoral litúrgica, no solo en cuanto ritualismo y culto, más bien pensando en la dinámica de la evangelización por medio de los tiempos litúrgicos: Adviento, Navidad, Tiempo Ordinario, Cuaresma y Pascua. Son cinco tiempos que nos preparan un camino en espiral, no en círculo, porque el círculo se cierra, más bien en espiral que continúa su dinamismo constante, sin parar. Es una forma nueva de mirar la liturgia en la acción pastoral de la Iglesia, así lo planteo el Concilio Vaticano II. Es entrarnos a un nuevo concepto de vivir la liturgia, y centrar todo en la Pascua como culmen de toda celebración litúrgica y sacramental.

Con esto quiero indicarles que, desde la Palabra y la Liturgia, nuestro plan pastoral tomará no un rumbo distinto, más bien se concretará en algo que ya estamos viviendo. Dice el papa Benedicto XVI, que la Iglesia es la Casa de la Palabra... esta palabra se despliega en la liturgia a lo largo del año mostrando los misterios fundamentales de la fe (cfr. VD 54). El ideal es organizar un itinerario bíblico desde la liturgia, según el tiempo, así todos estaremos unánimes, en sintonía, compartiendo en un mismo camino y una misma celebración diocesana. Además, para darle el impulso a la Animación Bíblica de la Pastoral dentro del año litúrgico, que en tres años, con sus ciclos, nos ayudarán a caminar hacia el día del Señor,

para preparar todos en comunidad y con la comunidad la celebración dominical, que toda la parroquia se mueva a celebrar con entusiasmo el día domingo, día del Señor.

- El día del Señor

No podemos perder el norte, al respecto, nos dice Santa María Bernarda, fundadora de las Franciscanas Misioneras de María Auxiliadora, al referirse al Evangelio de Cristo como la Estrella Polar de su vida espiritual y religiosa. Al igual que ella, podemos decir con la celebración eucarística del domingo, que es nuestra Estrella Polar, que nos guía hacia el día definitivo del Señor.

Recuerdo a dos mujeres que ha influido mucho en mi vida vocacional y pastoral, desde mi juventud, y en especial en la preparación de la eucaristía dominical como lugar de encuentro. Una de ellas es la señorita Emma Cecilia Arnold, misionera suiza, gran catequista, quien lleva más de 25 años en la parroquia de Jesús Redentor, en el Carmen de Bolívar. Ella en mis años de diácono me hizo caer en cuenta que debía preparar con la comunidad, la misa dominical. Es así que todos los agentes pastorales estábamos listos, un día de la semana, a preparar la liturgia de la Eucaristía dominical.

Otra mujer, que en paz descansa, la Hermana religiosa Beatriz Vancina, misionera belga, de una comunidad llamada, las Hermanas del Salvador y la Virgen, que entregó toda su vida en Colombia, y terminó su tarea misionera en Cartagena, hasta que sus fuerzas se debitaron. Ella me enseñó a pensar en la comunidad, me abrió los ojos en la misión de Nelson Mandela en Cartagena en la década de los años 90. Con ella, y toda la comunidad, al igual que en el Carmen de Bolívar, preparábamos los cantos, las lecturas, toda la liturgia del domingo durante la semana, era todo un camino de aprendizaje, y al final toda la comunidad cantaba, celebraba lo que había preparado entre todos. Así también debería hacerse con todos los sacramentos.

Traje esta experiencia personal a colación, para referirme a este día del domingo, que San Juan Pablo II, nos presenta muy bien en el Carta Apostólica *Dies Domini*, el día del Señor Resucitado, el primer día de la semana, que tiene un significado profundo en el acontecimiento Pascual y pospascual (Cfr. DD 21). Nuestra tarea evangelizadora y misionera debe ayudar a tener como referencia el día del Señor, para celebrar el domingo como momento de encuentro y acontecimiento comunitario, donde la asamblea de las comunidades discípulas y misioneras se reúne como Iglesia, Pueblo de Dios, para alabar, bendecir y glorificar a su Señor y Salvador. Este día del domingo debe convertirse, al igual que en la solemnidad de octava de Navidad y la primera semana de Pascua, en un solo día que se prologa a lo largo de toda la semana (preparándolo en comunidad).

Hacer del domingo en comunidad, un gran acontecimiento celebrativo, una fiesta a la vida, que encienda de felicidad a todos, así como el fuego se extiende y quema lo que está a su alrededor, una llama que no se apaga, sino que permanece como el día del Espíritu en pentecostés (cfr. *bis...* 28). El día de la fe, que nos hace confiar siempre en el Señor Resucitado para predicarlo todos los días (cfr. *bis...*29); el día de la nueva creación, que desde su palabra transforma y crea algo nuevo (cfr. *bis...* 25); figura de la eternidad sin ocaso

(cfr. *bis...*26); el día de Cristo luz, que ilumina nuestro caminar y quehacer cotidiano (cfr. *bis...*27).

El domingo se convierte así, en nuestra diócesis, en el día de la Iglesia, de la comunidad parroquial reunida como en Jerusalén (cfr. *bis...*35); también, en el día de la alegría que se transmite en sus miembros, al ver al Señor Vivo, cerca de cada discípulo (cfr. *bis...* 55); en el día de la esperanza (cfr. *bis...*38), que al final se convierte, por las necesidades de sus miembros, en el día de la solidaridad, que vive y se entrega por todos, que ayuda, comparte y consuela a los más pobres (cfr. *bis...* 69).

- Cercanía y vigilancia

Esta celebración gozosa del domingo, nos llevará a estar atentos y más cercanos los unos de los otros, a estar vigilantes en las necesidades de la comunidad, pensando, no en nosotros sino en los demás (cfr. Marcos 13, 33-37). Por eso, la liturgia dominical toma un carácter además de eclesial, también escatológico, en la cual la asamblea se reúne para preparar el domingo sin ocaso, donde Cristo congrega al Pueblo de Dios disperso (Cfr. Juan 11, 52). Nos abre el camino a la plena libertad de hijos de Dios, para que seamos constantes en la repuesta al llamamiento que nos hace todos los días como discípulos de Cristo.

La Iglesia se hace cercana en esta celebración comunitaria, un signo de ello, y se hace en muchas parroquias, es que antes de la celebración el sacerdote acoge a su comunidad en el atrio, y luego entra solemnemente hacia el altar, como presidente del Pueblo de Dios para celebrar con gozo el memorial del Señor Resucitado. Esto ahora, por causa de la pandemia, no es tan fácil, pero volveremos nuevamente a este ritual. Es decir, la Iglesia cercana a su Pueblo, comparte la alegría de la vida, celebrando el domingo como el culmen de la obra evangelizadora y misionera. Así no se hace vacía, sino que va llena de esperanza, en un mejor mañana, con los deseos de un Pueblo que espera algo mejor.

De ahí, que todos los sacramentos se encaminan a esta celebración, toda la ministerialidad y el servicio pastoral, se dirige a preparar y organizar cada domingo, para darle impulso a la misión de la Iglesia que es permanente.

3. Testigos

Los discípulos son testigos de Cristo Maestro. Por ser enviado, el discípulo se hace plenamente testigo (Cfr. Lucas 24, 28; Hechos 1,8). El Cardenal Kasper nos ofrece en su libro, la Iglesia de Jesucristo, un significado profundo: “El testigo no es únicamente un portavoz ni tampoco un mero altavoz; el testigo se define porque aboga por su causa no solo con palabras y acciones aisladas, sino con toda su existencia. No se limita a desempeñar un papel sobre el teatro del mundo, ni, aunque se trate de un papel soteriológico (!); es algo más que un funcionario. La misión, o sea, su ser para los demás se ha convertido en su esencia” (cfr. La Iglesia de Jesucristo, Sal Terrae, 2013, pág. 329).

El testigo es el discípulo valiente que entrega su vida como el Maestro, y la entrega por los demás, por su comunidad, no espera elogios y recompensas. Él sabe que su nombre estará inscrito en el Cielo (cfr. Lucas 10, 17-24). Pero la pregunta es ¿cómo ser testigos en un mundo

tan indiferente, y superficial, que busca apartar a Dios, que no conoce a Cristo, y desconoce la esencia del misionero?

Cuando el Papa San Juan Pablo II, nos presentó las Cartas Apostólicas *Tertio Millennio Adveniente* y luego la *Novo Millennio Ineunte*, nos abrió un camino de esperanza a este nuevo milenio:

Ahora tenemos que mirar hacia adelante, debemos «remar mar adentro», confiando en la palabra de Cristo: *¡Duc in altum!* Lo que hemos hecho este año no puede justificar una sensación de dejadez y menos aún llevarnos a una actitud de desinterés. Al contrario, las experiencias vividas deben *suscitar en nosotros un dinamismo nuevo*, empujándonos a emplear el entusiasmo experimentado en iniciativas concretas. Jesús mismo nos lo advierte: «Quien pone su mano en el arado y vuelve su vista atrás, no sirve para el Reino de Dios» (*Lc 9,62*). En la causa del Reino no hay tiempo para mirar para atrás, y menos para dejarse llevar por la pereza. Es mucho lo que nos espera y por eso tenemos que emprender una eficaz programación pastoral postjubilar (NMI 15).

La clave está en tener fe, y confiar en la Palabra de Dios. Como no recordar la visión del apóstol Pablo cuando el Señor le dice: «No tengas miedo; sigue hablando y no te calles, pues estoy contigo. Aunque te ataquen, no voy a dejar que nadie te haga daño, porque tengo mucha gente en esta ciudad». Así que Pablo se quedó allí un año y medio, enseñando entre el pueblo la palabra de Dios (Hechos 18:9-11). Sin miedo, el discípulo se lanza al anuncio del evangelio, porque sabe que Dios está con él, que lo impulsa el Espíritu Santo, quien es el protagonista de la misión (Cfr. RM. 21). Recordemos que el misionero es enviado por el Espíritu como aparece en el texto de San Juan: "Así como el Padre me envió, también yo los envío a ustedes.» Y habiendo dicho esto, sopló y les dijo: «Reciban el Espíritu Santo. A quienes ustedes perdonen los pecados, les serán perdonados; y a quienes no se los perdonen, no les serán perdonados” (Juan 20, 21-23). Es el espíritu Santo quien nos guía y nos ayuda en la misión.

Es Dios quien obra en nosotros como el alfarero (Isaías, 64,8). Es él que conduce la barca en medio de la tempestad (Cfr. Marcos, 4, 35-41). Todos los discípulos somos simples servidores (cf. Lucas 17, 7-10). No podemos hacer el trabajo evangelizador, con nuestras propias fuerzas, pensando en nuestras propias posibilidades, así todo lo que hagamos es inútil. Necesitamos, no confiar tanto en nosotros mismos, hay que abrimos a la acción poderosa de Dios en nosotros, su Gracia nos ayuda y fortalece en el trabajo misionero. Dice el mismo Jesús en el Evangelio: “Quien quiera salvar su vida la perderá; pero quien pierda su vida por mí y por el Evangelio la salvará (Mateo 8, 35).

- ¡He aquí, envíame ¡(Isaías 6, 8)

La lectura del profeta Isaías, abre la liturgia de la palabra del primer domingo del adviento diciéndonos: Nosotros arcilla y el Padre alfarero, todos somos obra de la mano de Dios (Isaías 64, 8). Esa es la verdad de nuestro ser testigos y misioneros de Jesús, nuestra tarea por pequeña que sea se vuelve valiosa por el nombre de aquel a quien servimos, nuestro Maestro

Jesucristo. Su obra Salvadora se realiza por medio de la obra misionera que él va haciendo por medio de nosotros. Somos sus discípulos misioneros, llamados a formar discípulos y comunidades de discípulos. Nuevamente les digo, esa es la tarea de todos los bautizados.

El Reino de Dios seguirá creciendo como levadura en la masa, en la medida que tú y yo descubramos que es él quien nos llama desde el vientre de nuestra madre para servirle (cfr. Jeremías 1, 5). En nuestro trabajo misionero, silencioso, alegre y a veces no reconocido (cfr. Lucas 17, 7-10), es donde encontramos el entusiasmo a seguir con las fuerzas que nos da el Señor Resucitado.

Estar dispuestos como el profeta: ¡He aquí, envíame ¡(Isaías 6, 8); como el canto le decimos: “Yo quiero estar dispuesto a todo, toma mi ser, mi corazón es para ti... heme ahí que Señor, que tu siervo escucha, heme aquí, que quieres de mí... en el desierto de mi vida háblame. Llámame, envíame a donde quieras. No olvidemos los sacerdotes las palabras del obispo en las promesas sacerdotes que hacemos el día de la ordenación, renovamos en la Misa Crismal, y en la posesión como párrocos: “Dios, que comenzó en ti la Obra buena, él mismo la lleve a término”.

- Tiempo de Servicio

Misioneros. Dispuestos, en cualquier momento y lugar. El obispo con su diócesis, con su presbiterio y todos sus fieles, el sacerdote en la parroquia a la que es enviado; la religiosa a donde su comunidad la envié, los laicos en sus parroquias, enraizados y comprometidos con su comunidad. El tiempo, lo que Dios disponga, el lugar, a donde él nos envié. Todo es posible con la ayuda de Dios quien nos envía con la fuerza de su Espíritu.

Sirviendo a la Iglesia: “La misión de Dios se lleva a cabo en y a través de la Iglesia, que es su servidora; su herald; su testimonio”(cfr. Manual de Misionología, Celam, Pág. 243). Es decir que el discípulo encuentra su ser de misionero en la pequeña comunidad que es la Iglesia, en la parroquia, en la que es miembro y participa de la Misión, como enviado. No se envía sólo, La Iglesia lo envía. Cumpliendo con el mandado del Señor: “Vayan por todo el mundo, anuncien la Buena Noticia a toda la creación. El que crea y se bautice, se salvará. El que no crea, se condenará (cfr. Marcos 16 15,18).

Sirviendo al Evangelio: Al servicio del Evangelio de Cristo. Anunciando el Evangelio con el testimonio de vida, siendo coherentes, incluso con la entrega generosa hasta el extremo, si es necesario por la causa del Reino. Es digno de admirar y elogiar la misión de nuestros sacerdotes y laicos comprometidos en cada una de las parroquias, dando de sí mismos en medio de tantas dificultades, y más en este tiempo de pandemia. Todo nos cambió, la forma de anunciar y celebrar, la forma de servir en cada uno de los ministerios, todo es con protocolos, pero la misión no para, sigue con entusiasmo, porque es a Cristo a quien servimos y anunciamos. La gloria sea para él.

Sirviendo a todos: ¿Cómo, pues, invocarán a Aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán en Aquel de quien no han oído? ¿Y cómo oirán sin haber quien les predique? (cfr. Romanos 10, 14). Cristo Redentor, ha venido a redimir y restaurar todo lo que estaba perdido. Nuestra

tarea es anunciarlo, darlo a conocer, que muchos reciban su presencia salvadora, para que nos siga redimiendo y llevando a la Gloria del Padre.

Dice el ofertorio de la Misa: “Oh Dios, que admirablemente creaste al hombre y más admirablemente aun lo regeneraste” (cfr. Misal Romano de San Pio V). También la Plegaria Eucarística IV, nos ofrece una hermosa presentación de la redención:

Te alabamos, Padre santo, / porque eres grande, porque hiciste todas las cosas con sabiduría y amor. / A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, / para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado. / Y cuando por desobediencia perdió tu amistad, no lo abandonaste al poder de la muerte, sino que, compadecido, tendiste la mano a todos, / para que te encuentre el que te busca. / Reiteraste, además, tu alianza a los hombres; / por los profetas los fuiste llevando con la esperanza de salvación. / Y tanto amaste al mundo, Padre santo, / que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, / nos enviaste como salvador a tu único Hijo.

Todo será recreado, redimido en Cristo. Por eso, nuestra tarea evangelizadora, va más allá de una simple labor social, es escatológica. Nuestro amor a la Iglesia y nuestro compromiso cristiano como discípulos misioneros, nos impulsa a cooperar en la redención de todos los hombres. De todos y para todos, y en todo lugar. Con las familias en todas las naciones, con los niños, jóvenes, y los ancianos. Nos corresponde evangelizar a los drogadictos y prostitutas, a los empresarios y políticos. Al personal médico y administradores. Nos toca servir en las diversas pastorales, o servicios de evangelización, con Mototaxistas, y conductores, con pescadores, comerciantes y agricultores, con los mineros y cantineros. En la pastoral del turismo y migrantes. En todos los ambientes y culturas. Es un reto amplio y de mucha labor. Dios nos ayudará en todo, su obra continuará y seremos unos simples servidores.

Somos una Diócesis joven, con una historia eclesial de 400 años, con un clero joven. Este año hemos vivido la partida de dos hermanos nuestros, grandes misioneros: el padre Pedro Pablo Cano y el Padre Miguel Ángel Quintero. Dios les de la Gloria eterna. Les pido una oración por el alma de cada uno, y de los que han fallecido y entregaron su vida en esta Iglesia. Estamos en camino misionero, y otros continuarán nuestra labor, por eso, sigamos abonando y preparando el terreno, para que otros continúen la Obra Misionera de la Iglesia.

Aprovecho la ocasión, para desearles un feliz año litúrgico, y un venturoso 2021 lleno de la Gracia de Dios. Que el Señor les bendiga a todos, y que la Virgen Madre, en la advocación de Nuestra Señora de la Candelaria, a quien invocamos en nuestro departamento de Bolívar, desde la cima de la Popa en Cartagena hasta la hermosa Catedral Santuario de nuestra diócesis en Magangué, también, en Barranco de Loba y Rio Viejo, nos acompañe, proteja y siga derramado su amor de Madre, de discípula y misionera.

Ateneamente: Monseñor Ariel Lascarro Tapia. Obispo de Magangué.

Dado en Magangué, el día 30 de noviembre del año 2020, en la fiesta San Andrés Apóstol, en el sexto año de mi episcopado.